

finalmente sobre las más secretas disposiciones de nuestro corazón, y consideremos con atención todo lo que entra en él, y si el dragón infernal encuentra el medio de insinuarse en el mismo en secreto. De esta manera removiendo este corazón, como una tierra, con el arado misterioso de la verdad evangélica, esto es, con el recuerdo continuo de la cruz de Jesucristo, descubriremos en nuestra alma el escondrijo en el que los vicios, á manera de serpientes capaces de matarla con su emponzoñado aliento, están escondidos, y los exterminaremos. »

SEGUNDA CONFERENCIA

SOBRE LA DISCRECION

Casiano termina la reproducción de su primera conferencia con el abad Moisés, con la promesa que este santo abad le hizo á él y al abad German, de hablarles sobre la virtud de la discreción. Pero, díjoles el bienaventurado viejo, hablándoos de esta virtud, debo enseñárosla con mi ejemplo y practicarla con vosotros terminando esta plática por miedo de herir con mis actos una virtud que quiero revelar con mis palabras. « Asi que, dice Casiano, exhortónos á que cerráramos por un momento los ojos y dormiéramos un poquito sobre las mismas esteras en que estábamos cuando nos hablaba. Diónos para apoyar la cabeza una especie de almohadon de que ellos se sirven. Consiste este en unas cañas ajustadas en pequeños manojos largos y delgados, que están de trecho en trecho atados muy suavemente. Tambien sirven de pequeñas sillas muy bajas. Cuando los

solitarios se juntan encuentran este mueble muy cómodo, porque es fácil de manejar y trasladar, y se hace sin pena y sin gasto puesto que estas cañas crecen en abundancia á orillas del Nilo, y á todo el mundo le es permitido ir á cortarlas para su uso. »

Al día siguiente al amanecer (coll. 2. c. s.), Casiano y German suplicaron al viejo que cumpliera su promesa; y él les hizo sobre la discreción el excelente discurso cuyo extracto vamos á dar. Por de pronto muestra la necesidad y las ventajas de esta virtud; lo cual confirma con el testimonio de las Escrituras y de los santos, y con muchos ejemplos que aduce. Muestra en seguida cómo se la debe buscar y practicar.

« La discreción, dice, no es una mediana virtud. Es un don de Dios; y si el solitario no se aplica con cuidado á adquirirla, pronto se encontrará como en una noche sombría, y se verá expuesto á sufrir grandes caídas. Estando reunidos muchos ancianos junto al gran San Antonio, como se hablase allí del medio más necesario para no ser sorprendido por los artificios del demonio y para llegar á la más elevada perfección por un camino recto y seguro, después que cada uno hubo dicho su parecer, San Antonio decidió que era la discreción; porque habiendo muchos solitarios poseído grandes virtudes, solamente la falta de discreción hizo que se desmintiese su piedad y que no pudiesen perseverar hasta el fin. Esta virtud es llamada por Jesucristo (Matth. 6.) el ojo y la lámpara del cuerpo, porque en efecto hace un sabio discernimiento de nuestros pensamientos y de nuestras acciones, para conocer lo que hay que evitar y lo que hay que hacer. Ella es el consejero, al cual las divinas Escrituras nos recomiendan que consultemos. Ella es aquel sólido alimento del cual nos habla San Pablo (Hebr. 5.). En una palabra, ella es la que únicamente puede conducir á un solitario á Dios sin que se extravíe,

la que sostiene todas las virtudes y las preserva de todos los peligros.

« Saul y Acab pecaron contra esta virtud: El primero persuadiéndose falsamente que Dios agradecería sus sacrificios más que la obediencia que debía à las órdenes de Samuel; el segundo salvando con una compasion fuera de lugar, la vida al rey de Siria, contra la orden que Dios habia dado de darle la muerte.

Un solitario llamado Heron, habiendo querido obstinarse en hacer ayunos excesivos, fué finalmente engañado por el demonio, el cual le hizo creer que habia llegado á una tan alta perfeccion, que no tenia ya necesidad de los consejos de los hombres, y que no estaba ya obligado á obedecerles, y que Dios solo debia ser sugua. De esta manera fué engañado y permaneci6 tan inflexible en su error, que no lo reconoció ni siquiera á la hora de la muerte. Otros dos solitarios por falta de discrecion, quisieron ir á la soledad más retirada del desierto, en que moraba San Antonio, resueltos á permanecer allí sin tomar otro alimento que el que Dios fuese servido de enviarles; pero como el hambre se apoderase pronto de ellos y anduviesen arrastrándose casi moribundos; unos maciques que les vieron, moviéronse á compasion, á pesar de su natural crueldad, y les ofrecieron algunos panes. Uno de ellos, habiéndose hecho más prudente, tom6los con alegria y accion de gracias y se preservó de la muerte; pero el otro despreciando con terquedad aquel alimento que le venia de la mano de los hombres, quiso más morir de hambre que aceptarlo.

« Otro solitario á quien el demonio engañó durante algun tiempo con visiones, se dejó alucinar tanto, que este espíritu de tinieblas, disfrazado bajo la forma de un ángel de luz, habiéndole propuesto que sacrificase á su hijo que moraba con él en el mismo monasterio, muy lejos de abrir los ojos por la virtud de la discrecion sobre este enorme

mandato, preparaba ya el cuchillo; y habriálo ejecutado si su hijo que de ello se apercibió no hubiese huido de su celda del todo admirado, sospechando que su padre tenia algun designio contra su vida.

« Finalmente otro por falta de esta misma virtud, fué de tal manera engañado por las fantasias y falsas revelaciones del demonio, que este espíritu maligno le hizo caer desgraciadamente en el judaismo, y le indujo á circuncidarse. Ninguno pues de estos solitarios, concluye el abad Moisés, se habria dejado seducir si hubiese tenido cuidado de adquirir la virtud de discrecion; y yo os he traído estos ejemplos para haceros comprender cuán peligroso es para un solitario el no tener esta virtud. »

Perfectamente nos habeis mostrado, padre mio, le dijo el abad German, que la discrecion es la fuente y raiz de todas las virtudes. Ahora deseamos saber el medio de adquirirla y de discernir la verdadera de la falsa, la que viene de Dios de la que viene del demonio.

« La verdadera discrecion, respondi6 el abad Moisés, no se adquiere sino por una verdadera humildad; y la primera prueba de esta humildad es la fidelidad en dejar el discernimiento de todas nuestras acciones, y hasta de todos nuestros pensamientos á la prudencia de nuestros superiores, y en renunciar á nuestras propias luces para seguir las suyas en todas las cosas. Esta conducta no solamente enseñará á un joven solitario á caminar derecho por el verdadero sendero de la discrecion, sino que le defenderá de todos los artificios de su enemigo. Jamás podrá uno ser seducido mientras siga con esta conducta, no las reglas de su juicio particular, sino los ejemplos de los ancianos; y toda la destreza de un enemigo tan peligroso jamás podrá sorprender la simplicidad é ignorancia de aquel, que no se averguenza de descubrir sus pensamientos á sus superiores, en vez de retenerlos en su corazon por un

mal rubor, y que los recibe ó los echa segun su consejo. »

El abad Moisés apoyó esto con la historia del abad Serapion, el cual, siendo todavia joven, se vió libre al instante de una tentacion de gula anunciándola a su superior. La referiremos á lo largo hablando de este solitario.

Pero, padre mio, dijo el abad German, hay algunas veces inconvenientes que dan lugar á este peligroso rubor que nos induce á ocultar nuestros pensamientos. Lo que más nos confirma en este recato, es lo que sucedió á un solitario de Siria, que era reputado por uno de los principales de aquel desierto. Habiéndole una vez otro solitario descubierto muy sencillamente lo que pasaba en su corazon y habiéndose encolerizado este padre contra él en cierta ocasion, en su emocion le echó en casa todas las faltas que humildemente le habia descubierto.

« No os admireis de esto, respondió el abad Moisés ; porque así como los jóvenes solitarios no se encuentran todos con igual fervor, asi tambien los ancianos no se hallan todos en un mismo grado de discrecion y prudencia. No debemos seguir indiferentemente el ejemplo y escuchar los consejos de todos aquellos que solo son recomendables por el número de sus años. Hay que reservar esta diferencia para con aquellos que nosotros sabemos de cierto que han sido bien regulados durante su juventud y en todo lo restante de su vida, y haberse conducido segun las máximas y la tradicion de los que les habian precedido, y no por la presuntuosa imaginacion de su espíritu propio ; porque se encuentran demasiados, lo cual es muy deplorable, que, envejeciendo en la tibieza y relajacion con que se han acostumbrado desde su juventud, quieren adquirirse autoridad sobre nosotros, no por la madurez de sus costumbres, sino por lo avanzado de su edad.

Dios adrede nos ha puesto en las Escrituras ejemplos

que prueban cuánto importa que los jóvenes que entran en su servicio se dirijan á los ancianos para ser formados. Habia escogido á Samuel para ser un gran profeta y le sometió á Helí. Jesucristo, llamando él mismo á San Pablo y bajando del cielo para hablarle, le dirige á Ananias para saber de él lo que debe hacer ; y este mismo apóstol asegura que habia ido á Jerusalem con el solo designio de conferenciar con los demás apóstoles. Todo esto nos enseña que Dios no descubre el camino de la perfeccion á ninguno de aquellos que teniendo sabios superiores para instruirse en él desechan sus consejos y desprecian su conducta, sin respetar aquel tan importante oráculo de la Escritura : *Interrogad á vuestro padre y él os instruirá ; á vuestros ancianos, y ellos os diràn lo que debeis hacer.* (Deut. 23.)

Solamente la discrecion puede impedirnos de caer en dos viciosos extremos. Los ayunos excesivos hacen el mismo mal que la gula, y las vigilias inmoderadas son tan peligrosas como el demasiado dormir ; porque la abstinencia indiscreta, debilitando el cuerpo, le reduce pronto á la necesidad de tomar más alimento que de costumbre para repararlo, y las vigilias extraordinarias han derribado finalmente á aquellos á quienes el sueño no habia podido vencer. Yo mismo he experimentado esto y he reconocido que los excesivos ayunos me han puesto en mayor peligro de lo que hubiera podido hacerlo el combate que me hubiera sido preciso sostener contra la perera y la gula. »

¿Cuál es, pues, padre mio, dice el abad German, este medio tan justo de la templanza, por el cual hay que andar para evitar estos dos extremos tan peligrosos ?

Esta cuestion, respondió el abad Moisés, ha sido frecuentemente agitada por nuestros Padres, y despues de un maduro examen, han preferido á los otros los que se contentan con pan seco, y han encontrado que la medida más

equitativa que podia guardarse, era contentarse con los dos pequeños panecillos por dia de que se sirven, y que apenas pueden pesar una libra.

El abad Casiano y el abad German le representaron que les parecia que esto era quizás demasiado; porque, dijeron, tendríamos dificultad en comernos uno de estos panecillos entero.

« Si quereis comprender bien, respondió el abad Moisés, lo que es contentarse con el régimen que acabo de proponeros, probadlo durante un cierto tiempo, sin hacer los domingos comidas que os conforten más, y veréis que no solamente no habrá nada de excesivo en esta medida, sino que ni siquiera podreis cercenar nada de esto sin sufrir incomodidad.

« Finalmente la regla general es proporcionar el alimento á sus fuerzas, y hacer de modo que al levantarse de la mesa, todavia se quede uno con hambre. Este es el medio de conservar el alma y el cuerpo en un mismo estado, sin extenuarlo con el ayuno, ni hacerlo pesado con el exceso de la comida. »

Pero, dijo el abad German ¿ cómo guardar inviolablemente esta regla? Sucede algunas veces que cuando llega la hora de ponerse á la mesa, se presentan de repente hermanos á los cuales se ve uno obligado de dar de comer; y en este caso ¿ no hay que añadir alguna cosa en favor suyo, ó hay que faltar á los deberes de la humanidad?

« La abstinencia y la caridad, respondió el abad Moisés son dos virtudes que deben sernos igualmente queridas. Hay que guardar con circunspeccion la misma medida en vuestras refecciones por amor de la templanza y pureza; pero tambien hay que dar muestras de caridad para con nuestros hermanos, y cumplir para con ellos todos los deberes de la humanidad cristiana y religiosa.

« Para no faltar á ninguno de nuestros deberes, seria

bueno contentarse con tomar á la hora de nona uno de esos panecillos que la regla nos prescribe, y reservar el otro para la hora de visperas, á fin de que si se presenta alguno de nuestros hermanos, podamos comerlo en la mesa juntamente con ellos sin añadir nada á nuestro alimento; y si nadie viene á vernos, podremos comer sin pesar este pan que habremos reservado. » De esta manera, dice Casiano, terminó la plática que el Abad Moisés tuvo con nosotros. En seguida nos despidió llenos de gozo, despues de habernos dado estos dos festines espirituales y magníficos.

DEL ABAD ISAAC¹.

Como ha habido muchos solitarios del nombre de Isaac, no podemos determinar aquel á quien Casiano hace hablar en su nona y décima conferencia. Su comentador dice que moraba en el desierto de Sceté; pero en otra parte vimos que hubo muchos de este nombre en aquella soledad. Bulteau dice que quizás es aquel que se escapó para no ser ordenado de sacerdote, y el cual, como lo hemos notado despues de haber sido sucesivamente discipulo de Crono en Nitria y de Teodoro en el monte de Fermo, pasó al desierto de Sceté. Tillemont cree más bien que es Isaac discípulo de San Macario de Alejandria del cual hemos hablado despues en su vida.

Quien quiera que sea este Isaac, nos bastará decir que fué solitario de Scete, y dar el análisis de las dos conferencias en que Casiano le hace hablar y que tratan de la ora-

¹ Casiano.